

EL INGÁ



Había un islerito guaraní y una niña de tribu de una isla cercana y rival, que se amaban intensamente desde su adolescencia. El había cavado una canoa en el tronco de un árbol blando, y en esa embarcación la visitaba.

Pero ambas tribus habían decidido que no debían unirse en matrimonio hasta la ancianidad. Así, juraron ser mutuamente fieles hasta que llegara el momento.

Mientras tanto él, que vivía aguas arriba, pondría una flor en la corriente cada salida de sol, para que flotara hasta medianoche, como mensaje de cariño, frente a la tribu de su amada.



Así pasaron los años, las tormentas, los inviernos y los veranos de fuego, pero el mensaje siempre llegaba y las mañanas encontraban a la niña en la barranca, esforzando su vista para verlo pasar.

Cuando viejos se desposaron y un milagro los tornó jóvenes, para que pudieran vivir juntos mucho tiempo.

Y ocurrió que después de ese tiempo y al morir abrazados, la amante pareja dio raíces a un árbol hermoso por forma y corpulencia, cuyo nombre ("Ingá", que flota) recuerda los mensajes de amor sobre el río.



Como la pareja, el Ingá renace, al llegar a su vejez, en retoño que brota de la raíz.